

La cacería

Antonio Muñoz Monge

Habíamos llegado a Yacuraquina, hermoso lugar de la campiña de Pampas, donde las aguas que vienen del Viñas por un acequión, se reparten en dos pequeños brazos que bajan hasta el pueblo, para perderse luego en el río Opamayo, después de un recorrido de doce a catorce cuadras. De ahí, el nombre quechua de este remanso, Yacuraquina: repartición de aguas. Echados en los pequeños retazos de pasto, que crecen al borde de la rumorosa acequia, preparamos la cacería.

Rato antes, después del desayuno, Pepe nos había entregado en el patio de su casa, pequeñas y redondas piedrecitas, que nos servirían de modelo para coger en el trayecto parecidas, que utilizaría en su jebe.

Las paredes de su patio están adornadas con jaulas de diversos tamaños donde revolotean y cantan jilgueros, *chihuillos*¹ y *tuyas*². En la rajada cal de otra pared, hileras de pájaros disecados juegan al sol mañanero que reverbera en sus tomasolados plumajes.

Ya estamos en Yacuraquina probando nuestros jebes, haciendo trizas un pedazo de botella, despanzurrando una lata, partiendo un terrón,

-
1. *Chihuillo*: Color negro, retinto, en este caso un pajarillo de ese color, de bello canto; habita en la zona andina.
 2. *Tuya*: Nombre quechua de la calandria. El calificativo corresponde a lo onomatopéyico de su canto.

bajándonos los trompitos de una rama de eucalipto; pero eso sí, tenemos cuidado de no disparar a las pencas, porque sus lágrimas hacen podrir nuestros jebes en un solo día; y la marcha se nos presenta larga. Antes de iniciar la caminata disparamos al cielo abierto para medir la fuerza y asegurar bien los amarres. Al frente, entre los dos caminos que se internan campo abierto, se levanta una casa de adobes y tejas rojizas; sobre éstas, coronando el techo, se yergue una cruz de hojalata envuelta en cintas multicolores al centro de dos toritos de arcilla. De las vigas del segundo piso que dan al interior, cuelgan mazorcas de choclos amarillos y sobre el piso de madera sin pulir, se desparraman granos de maíz, papas, ocas, ollucos y *mashuas*³. Un lanuño perro que corretea por el empedrado patio, nos ladra sin mayor interés.

Caminamos por el sendero que sube rascando la faldería del cerro. Pepe ha ido pidiéndonos las piedrecitas que hemos recogido en el trayecto. Las contempla en la palma de su mano y las va dejando caer; apenas se queda con una o dos que las guarda en el bolsillo de su casaca.

—Sarta de inútiles, nos dice sonriendo, pero amenazante. Tendrán que contentarse haciendo puntería a los sapos, no saben ni buscar piedras.

Continuamos avanzando. Pepe va adelante; le seguimos Gelacho, Nayo, Lucho y yo. El angosto caminito nos obliga ir en fila de uno. A nuestra derecha se eleva la faldería del cerro San Cristóbal y a la izquierda se extienden las chacras: el bosque de eucaliptos de Saravia, el Agropecuario, el río Viñas, Salahuasi, y más allá, pasando el cerco de los Victoria, los escondidos campos de Viñascucho, nuestra soñada meta.

Encontrar parecidas piedras al modelo que nos ha entregado Pepe nos da la oportunidad de poder disparar a un gorrión o a un *qullco*⁴, a un jilguero o a una picaflor; jamás a una paloma; las palomas están reservadas para Pepe. Sin embargo, el rechazo a nuestra primera entrega nos alejaba también de las otras aves.

Caminamos siguiendo los pasos de Pepe. De rato en rato, a escondidas, probamos nuestras punterías en un racimo de guindas, en la rama de un eucalipto o en los alambres de los postes de alumbrado.

De pronto Pepe nos llama con un movimiento de un brazo, pidiéndonos silencio. Nos acercamos a él, evitando hacer el menor ruido. Ya a su lado, poniéndose el dedo índice sobre sus labios, nos dice:

3. *Mashua*: Tubérculo pequeño de sabor dulce.

4. *Qullco* o *Cullco*: Nombre quechua de la tórtola.

—Ustedes se quedan, no hagan bulla, a ver las piedras que han recogido; aquí cerca en los eucaliptos han parado unas palomas. No se muevan.

Nos quedamos estáticos. Pepe avanza agazapándose, probando, estirando su jebe, mientras camina agachado. Se alisa la cabellera y se desliza detrás de una *pirca*⁵ hasta cubrirse para no ser visto. Desaparece más allá entre unos matorrales, después lo vemos saltar y aparecer mirando al lado opuesto al que se dirige; es su táctica acostumbrada cuando está cerca de su presa, segundos antes de disparar.

Nosotros no respiramos. En ese momento eterno de espera, gorriones, picaflores y jilgueros se posan al alcance de nuestras manos; pero no podemos hacer nada.

Nuevamente logramos ver a Pepe, camina doblado en dos, tocando el suelo con sus manos, perdiéndose entre unas plantas de culantrillo.

La espera se hace interminable. Reparo en las pequeñas plantas de anís que alfombran la faldería del cerro, en la cristalina corriente de agua de la acequia que corre levantando las flores amarillas de los *urqotoquiachis*⁶, que crecen en sus orillas; una *cachicachi*⁷ vuela como detenida a ras del agua. Recuerdo las historias de la cueva de allá arriba, donde suben en las noches los enamorados más audaces. Veo mi sombra minúscula que se pierde en la hierba seca que piso; me recuerda la hora, son más de las doce del día. Abajo, en Pampas, en la casa, la hora del almuerzo y mamá Meche "que será de ese mataperro, Santo Dios". El caldo de camero con papas, arroz y orégano, el gran tazón en el centro de la mesa regalando su agradable olor. "Teodoro, búscalo donde sea, *callpay*⁸, corre, alma de Dios".

Aquí todo es silencio. Como si estuviéramos jugando "inmóvil"⁹, no podemos dar un paso, ni hablar. Es un silencio que nos atrapa a todos; estoy seguro que ellos también están pensando en sus casas, en el almuerzo, la mamá, los hermanos. Gelacho me mira y quiere hablarme, pero se calla, no lo puede hacer, el silencio lo cubre todo.

5. *Pirca*: Muros de adobe y guijarros muy comunes en los pueblos andinos.

6. *Urqotoquiachis*: Flores en forma de pequeños globos con las que los niños juegan reventándolas en la frente.

7. *Cachicachi*: Nombre quechua de la libélula o cigarra.

8. *Callpay*: Corre, en voz quechua.

9. *Inmóvil*: Juego de los niños de la sierra que consiste en apostar para estarse quietos hasta romper la orden.

De pronto un puñado de plumas vuelan dispersas allá arriba, por los aires, embriagando nuestra dicha. Del alto eucalipto, la paloma herida de muerte cae raspando ramas, obligando venias a las hojas. Nos miramos saltando, dando gritos de alegría y salimos en veloz carrera hacia donde está Pepe. Sentado sobre el piso, sin moverse del lugar del disparo, inmutable, nos recibe risueño. Nosotros indagamos con nuestras miradas; apenas nos señala el sitio donde ha caído la paloma. Corremos; sobre un colchón de hojas de eucalipto, todavía boqueando, con las alas extendidas encontramos a la paloma. La recogemos. Para descubrir su herida soplamos las plumas del pecho, del buche.

—Ha sido en el ala izquierda —grita Pepe indiferente poniéndose de pie.

La paloma desfallece en nuestras manos. Un momento después cuelga amarrada de la sarta que llevamos al cuello.

—Vamos por las otras —grita nuevamente Pepe alentando la marcha.

—Han parado en esa lomita, pasando el río —nos dice señalando hacia adelante.

Nos metemos por una chacra de papas, cuidando caminar sin pisar los surcos. Las papas florecen lilas, azules, violetas, escondiendo racimos de "alpuntos"¹⁰ en el follaje de sus hojas. Nuestras ávidas manos palpan y cogen maduros frutos. Nos llenamos los bolsillos con estos proyectiles redondos, perfectos y nos encaminamos a los guindos y eucaliptos que bordean la chacra, donde un multicolor enjambre de jilgueros, pichuisas y chihuacos mecen las ramas con sus cantos. Por el sembrío, sobre amarillas plantas de mostaza, amarillos jilgueros moteados de negro en la cabeza y cuello, columpian en flexibles ramitas, picoteando las vainas que encierran minúsculos frutos negros, desenroscando sus gorjeos hasta el infinito. Es un espejo detenido sobre la tarde, un momento largo que se extiende sobre la chacra. Pepe voltea hacia nosotros y pide que arrojemos un "alpunto" al aire. Apenas se eleva el pequeño fruto, cuando es destrozado por un hondazo. Repiten Gelacho, Nayo y Lucho; uno a uno, los "alpuntos" son cogidos en el aire por los disparos de Pepe. Contagiados de esta emoción y con deseos tremendos de probar nuestros jebes, armadas las badanas con "alpuntos", nos acercamos felices a los guindos y eucaliptos.

10. Alpuntos: Frutos verdes de la papa, no comestibles; los niños los utilizan como proyectiles para sus hondas o jebes.

El entrevero de ramas sobre mis ojos teje en finísima trama el cielo añil, o es el cielo que se entrelaza con el ramaje, no sé; el eco del silencio me detiene aquí mirando a los cielos. Apunto sosegado al gorjeo de un jilguero. A mis espaldas, sobre mi nuca, la mirada de Pepe; más allá, apenas como referencias, Gelacho, Nayo y perdido Lucho. Disparo; siento una onda eléctrica que atraviesa el horizonte, una ligazón entre el jilguero y yo, entre el proyectil y mi pulso. Arrodillado detrás del cerco, recojo la avecilla muerta. Un hilillo de sangre corre por el pico manchando su delicado pecho. El silencio y la soledad me protegen, nadie me ve; entonces me apresuro en mojar la badana de mi jebe con esa sangre todavía caliente. Había escuchado casi en susurro, sabía, era uno de los pocos que estaba enterado del secreto de Pepe, el origen de su increíble puntería se debía a este escondido rito.

Con el jilguero en la mano subo al cerco y lo muestro triunfante. Doy un salto agigantado sobre la chacra y ya estoy con ellos, feliz, recibiendo los abrazos, enseñándoles la avecilla muerta, soplando el cuerpecito para indicarles dónde ha sido el hondazo. Al amarrarlo en la sarta junto con otros pájaros, me acerco a Pepe esperando su abrazo, o su juego de hacer puntería raspando con sus tiros las puntas de mis zapatos; era una manera de llamarnos a su cariño; pero ahora nada, ni una palabra.

Tomándome de un brazo, me dice:

—Fíjate, ahí tienes una "durante"¹¹, demuestra tu puntería, es tuya, acércate bien, son medias tontas.

Quise disimular mi nerviosismo, hacerme el desentendido a la manera de los grandes cazadores. Me acerqué, fingí mirar a otros lugares; arriba la "durante" espera confiada, sola, parada en una pequeña rama; su color ladrillo resplandece ante el sol. Estiro bien el jebe, apunto mirando su tomasolado plumaje, pero siento que no estoy aquí en este momento, frente a la "durante". La voz de mamá Meche allá en la casa, la sospecha de Pepe, el silencio del campo, el jilguero muerto por mí y que lo llevo sobre mi pecho me perturban, me llevan a otros lugares. Suelto el hondazo pero choca en el tronco del árbol. La picaflor sigue allí arriba como si nada. Vuelvo a armar mi jebe, esta vez con un "al punto"; este segundo disparo pasa rozándole la cabeza; tampoco se mueve. Fueron cinco, siete, diez tiros errados, cada vez más torpes.

Derrotado, con la picaflor indiferente, parada en esta cercana rama,

11. Durantes: Picafloras de color rojizo pálido, indiferentes a la acechanza de los cazadores.

volteo sin saber qué otra cosa hacer. No hallo a nadie; se han ido dejándome solo. Camino por la orilla del río Viñas disparando a los "ultos", esos renacuajos que más tarde se convierten en sapos, o desaparecen en la nada. Juego con mis hondazos disparando por gusto a las blancas piedras tiradas en el cauce seco, a la cristalina corriente haciendo correr mis piedras, una, dos, tres veces, salpicando sobre el suave lomo del agua.

"Entonces no es verdad lo de la sangre y la badana; no hubiera fallado tantos disparos a la 'durante'. ¿O será necesario que pasen algunos días para que surta efecto el hechizo? Pero, por qué se han ido, sospecho que ha sido Pepe el que ha dicho para dejarme solo, creo que ha visto la badana de mi jebe manchada de sangre. Quizá se fueron apenas solté el primer disparo. Dicen que las 'durantes' son así, si no se las pesca al primer tiro, es por gusto insistir; uno puede quedarse horas sin poderlas cazar; por eso se llaman 'durantes'".

"Ahora voy a saber si tengo o no buena puntería. Qué suerte que no haya nadie. Son unos *quillcos*, cuatro, seis *quillcos*. No te pongas nervioso, fijate bien dónde están, no los pierdas de vista, no te distraigas, tranquilo, date todo el tiempo que quieras. Acércate saliendo de esta parte del río, cruza la chacra, camina hasta esas *lambras*¹²; y desde ahí puedes disparar. O anda de frente sin cubrirte, hasta esas pircas y te metes por el caminito para sorprenderlos de golpe, rápido; felizmente no hay nadie".

En el trayecto, en una pequeña mata de *airampo*¹³ increíble, un "pito" se espulga feliz al sol. Es de esas picaflores grandes, más grandes que una paloma, que una cuculí, inalcanzables para nuestras hondas, que se paran en las puntas de los altísimos magueyes. Sin pensar dos veces, con el sabor fresco de la hierbabuena que mastico para ahuyentar la mala suerte, estiro mi jebe lo más que puedo y disparo, fuerte, fuerte. Por los aires elevo al "pito" hasta no sé dónde. Desbocado, salto el pequeño cerco de espinas y busco mi presa entre los matorrales. Debe estar por aquí, un poco más lejos; el disparo fue fuerte. Miro nuevamente la mata de *airampo*, estaba parado aquí. Levanto algunas hierbas, hojas secas, piedras, lajas, ramas, no lo encuentro por ningún lado. Regreso al lugar desde donde disparé, mido con la mirada. Nuevamente salto el cerco y palmo a palmo, de izquierda a derecha, adelante, atrás, busco a este nudo en la garganta, a esta mi alegría y mi pena, emoción loca, a mi

12. *Lambra*: Arbusto que crece aislado en los pueblos andinos y que frecuentemente es usado como leña.

13. *Airampo*: Planta espinosa de frutos morados con los que se prepara mazamorra.

pulso abandonado en este pedazo de tierra, a mi esperanza de esta tarde, donde no hay nadie, ni un testigo que me ayude a contar la historia, para que no me deje mentir. Estuvo ahí, parado en esa mata de *airampo*, le di en pleno pecho, debe estar por aquí; pero ya es tarde para seguir buscándolo, mi pobre sombra se dobla pequeña a mis espaldas.

¡Ya sé!... escupo sobre el hoyo de mi palma izquierda y con un golpe de canto de mi mano derecha, corto la saliva. Persigo con la mirada la mayor cantidad de saliva que sale disparada; me acerco donde ha caído; unas ramas de cicuta cubren un montículo de tierra, las doblo, las piso y descubro plumas y sangre recientes. Desesperado, limpio el lugar pero no hallo nada.

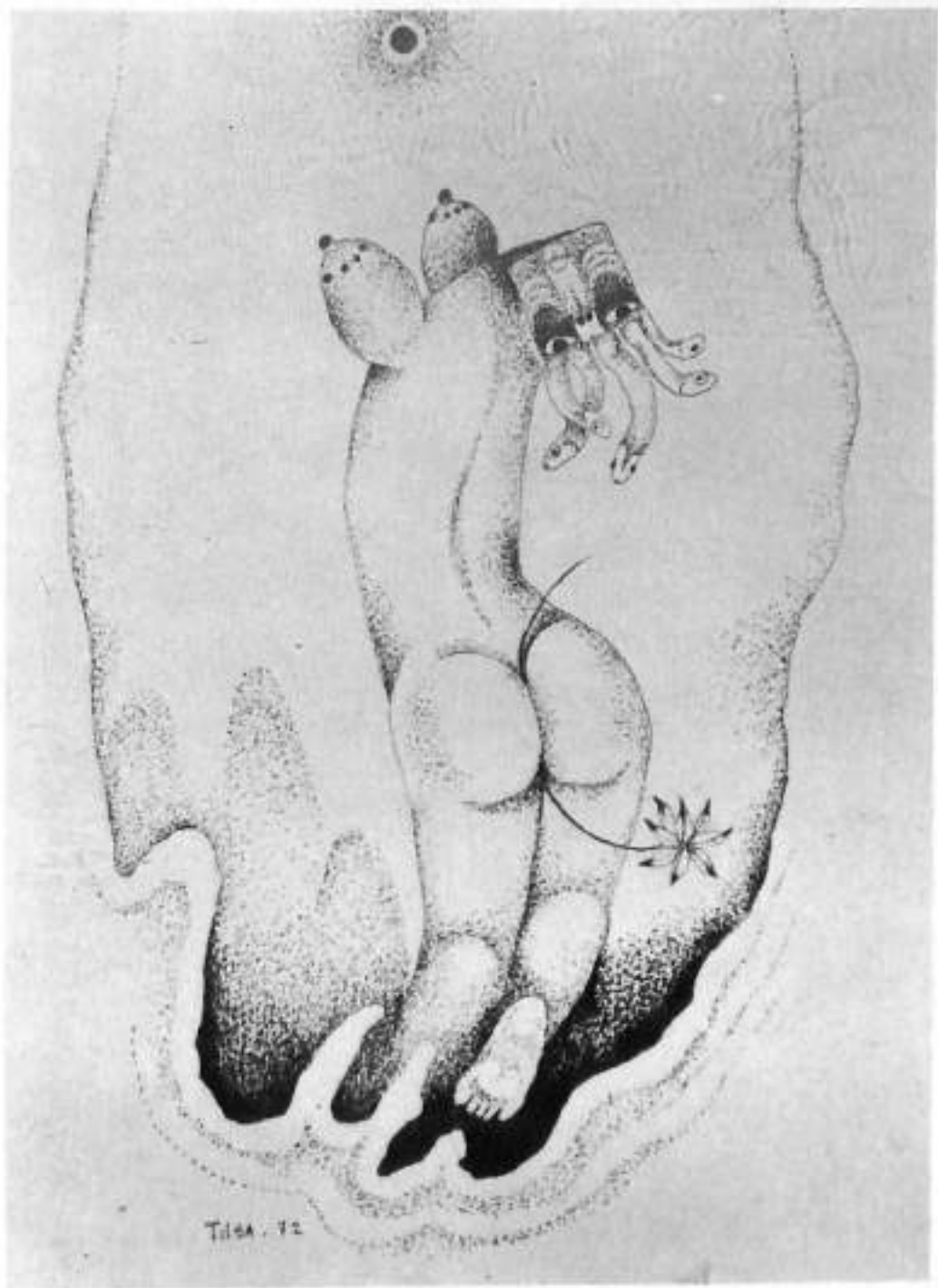
La tarde se hace más solitaria, reparo en el silencio, en el croar de los sapos, en el vuelo pausado de las aves que se van a dormir, en la quietud del viento. A lo lejos, el ladrido de un perro anónimo me indica que alguien vive. Me sorprende estar totalmente solo; dónde pueden estar ellos. "¡Pepe, Gelacho, Nayo, Lucho!"... grito por gusto. Fatigado, con la boca seca, enrosco mi jebe en mi muñeca izquierda, lo cubro con la manga de la casaca y regreso al pueblo.

Es muy tarde cuando entro por el lado de Qoqapata, lugar donde se arroja la basura. Siento totalmente mojados mis zapatos y las bastas de mi pantalón. Ya en la puerta de mi casa, sin pensar en nada, camino hacia la cocina. Al lado de la *tulpa*¹⁴, calentándome con el fuego que chisporrotea, le cuento a Toribia mi gran cacería. Sacándome la sarta que cuelga de mi cuello, le enumero cómo cacé cada uno de los pájaros. Más tarde, después de un plato de sopa y mote con queso, adormecido por el cansancio, voy dormitando mientras Toribia me cuenta historias de aparecidos.

Como copos de algodón que caminan sobre mi cuerpo desnudo escucho la voz de mamá Meche. Sus palabras se acercan de puntillas, abriéndose paso por entre el follaje de las chacras. Flores de habas, de papas, tréboles, cabelleras de maizales, guindos, molles, eucaliptos, tumbos, la traen hasta mí. No puede castigarme, es muy tarde, ya estoy dormido...

... "Zamarro, mañana no te me escapas", es lo único que dice. Cubriéndome con una manta, me carga en sus brazos y me lleva a las habitaciones de arriba, donde las empleadas de la casa la están esperando para comenzar el rosario.

14. *Tulpa*: Fogón de adobes de tierra.



Tiga. 72

